

Las clases de religión en la cárcel

A propósito del **Seminario para profesores de religión católica 2016**

"Desafíos y oportunidades de la Educación Religiosa Escolar en el contexto de cambio social y cultural".

Tomás Scherz, 8 de enero 2016

Quisiera en primer lugar agradecer a todos Uds. la participación durante estos días en este Seminario dedicado a la especialidad que ejercen, la religión, pensando en los desafíos del cambio social y cultural que nuestro país y la aldea global nos ponen por delante. Hemos escuchado que el fenómeno religioso (casi tentados de hacer una apología de nuestro ramo frente a un agnosticismo trasnochado o un liberalismo inmanentista) ha sido decisivo para la cohesión social y la identidad de nuestro propio pueblo, tal como lo expresaba Luis Bahamondes; o que la misma formación religiosa escolar no solo no se opone, sino que enriquece la formación en los derechos humanos, como lo escuchábamos de Osvaldo Verdugo, haciendo eco de las convicciones de los filósofos y pensadores contemporáneos más grandes, tales como Habermas o Taylor. A ello, podríamos agregar, como lo hemos formulado en algún otro lugar, que la religión, en un mundo tan individualista, materialista y consumista enseña sobre la reflexión personal y la deliberación comunitaria en torno al sentido de la vida y de la muerte, del amor y del odio, de la amistad y de la enemistad, del placer y del dolor, de la justicia y de la injusticia, y que por lo mismo constituye una parte fundamental de la formación integral de un joven, siendo parte esencial en temas que nuestro mundo actual prefiere no tocar, cercenando una parte fundamental del crecimiento de las personas. Aborda temas como la ética, nos ayuda a entender la misteriosa naturaleza del hombre, nuestra patria y la integración armónica de una física desde una explicación que va más allá de sí misma (metafísica).¹

Sin embargo, permítanme detenerme en el fenómeno religioso propiamente tal, tan inútil y prescindible, paradójicamente, por la emancipación y libertad cultivada y leída. Mi ejemplo nace fuera de los muros de la libertad de la calle.

El pasado 21 de diciembre fui a celebrar una liturgia de navidad en el patio SEAS del centro penitenciario femenino, que se dice recluye, a las internas más peligrosas del recinto. Siempre en esta fecha me invitan unos voluntarios nacidos de una antigua comunidad de pastoral universitaria y que se han mantenido fieles en el trabajo de visitar a las hermanas internas. Este año prescindimos de la misa, en vistas de la creciente

¹ Cf. Scherz (2015), 9ss; 19ss.

población evangélica; y aunque no tenga mucho de motivo navideño cantamos el Señor es mi Pastor pues se la saben la mayoría de ellas. Me revestí e hicimos una liturgia de la Palabra. Leí el Evangelio con lentitud. Se trataba del hermoso relato de María en Belén, a propósito del censo al que debía acudir su esposo José, y en el que le llegó el tiempo del parto “y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada” (Lc 2,7).

Al momento de compartir la Palabra (eso hicimos, no éramos más de 15 personas), propuse la dicotomía miedo-buena noticia, basado sobre el momento, casi tangencial en el contexto de la lectura leída, del miedo de los pastores al contemplar a los ángeles y el mensaje concreto que les anuncia que les ha nacido un salvador. Sin mediar mayor interpretación, Pilar, de Coquimbo expresó: *en la vida hay muchísimas más cosas buenas que la malas! Dios es bueno aunque una esté lejos de los hijos!* Otra, la Evelyn de Valparaíso (con más tatuajes y presumiblemente más avezadas en armas blancas, como lo denotaban sus desnudos brazos curtidos) se atrevió con una teología más avanzada: *¡Dios saca cosas buenas de las malas para que aprendamos! Hay veces que Dios no me oye y sufro re hartó, pero después me doy cuenta que era yo la que no entendía. Yo le digo a mis hijas que no dejen de rezar en la noche pa que nos volvamos a ver. Dios es muy grande....!* (se que le quedan 14 meses y no sé para qué pide intensidad, y luego me quedo pensando si es que en la parroquia donde me toco alguna vez trabajar me encontré a con alguna mamá de la catequesis tan convencida para enseñar a rezar a sus hijos.....).

Quedo tan impresionado de la respuesta que espontáneamente expreso: -“qué Grande”, refiriendo al Señor por supuesto! Y la Darling, con quien había intercambiado unas breves palabras sobre un posible traslado antes de la liturgia –es de Santiago pero cumple condena en la Serena, donde es muy difícil que su madre la pueda ir a visitar por lo caro de los pasajes, y que en el tiempo de Navidad estaba temporalmente en Santiago por un nuevo proceso que se había abierto contra ella– exclamó con una antifona confirmatoria: *“¡Grande es el Todopoderoso!”*

¡Qué expresión de alabanza de una mujer que lo único que tiene con certeza son procesos en contra! Pensaba a aquella mujer que relata última premio nobel de literatura la bielorusa Svetlana Alexiévich en su impresionante libro “La Guerra no tiene rostro de mujer” sobre la experiencia de mujeres soldados en la segunda gran guerra, y que siendo digna hija del ateísmo soviético no se sabía ninguna oración, pero a su manera atea, antes de cada incursión en el frente murmuraba e inventaba algunas oraciones. Pedía volver con sus padres. Sobrevivió a la guerra. Y si bien no cuenta si vio después a sus padres, siguió leyendo la Biblia hasta el día de hoy, a imitación de un soldado cristiano que fue ejecutado

por resistirse a matar en la guerra....² ¿Una creación compensatoria, un último recurso, a manera de Feuerbach? La cárcel o la guerra, la opresión, la falta de holgura en la vida: son ellos una coacción para el fenómeno religioso, entendido como un autoengaño. ¿Pero no es acaso ese escenario del huerto de los olivos el mismo escenario también la original instancia para hacerse permeable a esa realidad incrustada en lo más hondo de nuestra naturaleza: la búsqueda de Dios?

Aquí se produce la aporía: el mismo escenario para que se produzcan dos fenómenos que reivindican lo religioso, uno denostado –por antireligiosos y religiosos- y otro reivindicado por los segundos y eventual trampa para los que profesan cualquier alergia a la trascendencia. La piedad inmadura y comercial y compulsiva del niño con Dios puede transformarse o permanecer hasta la edad de un empresario canoso. El tratar de amistad muchas veces a solas con Dios puede ser el paso que se da desde pequeño o puede ser el descubrimiento del criminal al final de su vida al contemplar al crucificado. De cualquier forma, el fenómeno religioso existe y la historia muestra que toda realidad que permanece en su realidad más original lo hace porque se acrisola y porque madura. Tanto en su con-naturalidad –esa religiosidad como fenómeno antropológico– como en la manera de captar, y aquí hablo desde nuestra confesionalidad, cómo el Dios de Jesucristo responde a ese grito humano.

Es evidente que esta experiencia del ámbito más pastoral tenga una mayor problematicidad en las clases de religión. ¿Pero acaso no se da en ella también el contenido y el sujeto, concretamente el alumno? Probablemente en nuestra tarea de profesores de religión nos hemos preocupado mucho de apresar y controlar el contenido teológico sin mirar como Dios nos mira a nosotros, es decir, cómo es que el hombre lo busca a Él, en otras palabras, sin prestar mucha atención a cómo estas mujeres, estos niños, estos jóvenes, y nosotros mismos estamos buscando a Dios. Están buscando justicia, una equidad mínima. Carlos Schickendantz expresaba que el profesor de religión debe ayudar a mostrar formas nuevas de mirar el mundo y la existencia humana para, desde la fe, aprender a actuar cada vez con más humanidad. Probablemente miran con una subjetividad no mediada a la manera de la Iglesia, pero lo que se transmite en clases de religión puede ayudar a despertar a un horizonte mayor. Así, la tarea de la clase de religión es intentar conducir (ducere) este anhelo religioso. Junto al clásico mensaje cosmológico de la creación y el puesto del hombre en él, que aparece como un contenido objetivable en los inicios de la pubertad, la clase de religión debiera saber transcribir el trasfondo subjetivo como una cantera desde donde golpea el Dios que clama desde el interior³. No se trata de una pugna con la objetividad de la doctrina, sino una perspectiva

² Svetlana Alexiévich (2015), 97-98.

³ Gölner & Brieden, 2012.

“agustiniana”, que ha sido vista como un excelente paradigma en el contexto posmoderno, tal como lo exponen autores que hablan del *Deus internus*, tan tradicional en los textos del cristianismo primitivo como impulso para una praxis pedagógica religiosa hoy en día⁴. Para ello, no es necesario renunciar a las herramientas tradicionales de la fe, pero no como un cuerpo doctrinal aséptico, sino como un arca desde el cual se sacan cosas nuevas y antiguas para responder a la demanda religiosa actual (cf. Mt 13,52) y en conformidad con las experiencias religiosas. En otras palabras, no se trata de una exposición doctrinal escrupulosa ni de un Patchwork cristiano, sino de un uso inteligente y espiritual de los elementos de la doctrina que permiten hacer el camino actual de descubrimiento de la salvación realizada en Jesucristo.

Todo esto significa asumir que las clases de religión no son solo respuesta catequética, mnemotécnica del credo, sino conjuntamente conocimiento del corazón humano que puja a Dios. Es búsqueda del fenómeno religioso universal y de la hermosa respuesta de la Revelación que no es sino conocimiento de una historia de Salvación, cual paradigma que sigue su curso, en la plenitud de los tiempos, no de un contenido aséptico. Las distintas consideraciones en relación a la ética, a la gratuidad no utilitarista, a la cohesión social, no son sino aproximaciones al Reino. Por ello no puede enseñarse la religión como una curiosidad ejemplar histórica comparada entre expertos arqueólogos, sino como una necesidad humana universal y una invitación del mismo Dios, aún cuando la expresión sea antipática para ciencia contemporánea.

Enseñar religión no es solo enseñar doctrina, es primero enseñar a descubrir lo religioso, lo menesteroso que somos, pese a la holgura contemporánea, material y económica, casi como una paradoja espiritual, y a descubrir, cómo, sobre todo desde la hermosa tradición cristiana que se nos ofrece, responder a la pobreza espiritual que siempre tiene aparejada la vida de los satisfechos. Al menos desde la cárcel era fácil desplegar esas clases de religión, pues las presas sabían de esa pobreza. Las buenas clases de religión nacen cuando sepamos destapar esas pobrezas, ir a los corazones que buscan aún sin conciencia. Cuando encontremos la fórmula de educar, ex - duco, sacar, lograremos descubrir además que las clases de religión son una clave para responder además a una original calidad educativa. A una educación que logra sacar lo mejor de nosotros.

El primer paso, es cuestionar la presunción de saberse las respuestas antes de inquirir o conocer las preguntas religiosas actuales. Dicho de otra manera: cualquier clase que empieza con la respuesta sistematizada, corre el riesgo de no abordar la pregunta original. Pero tampoco significa esto descuidar la teología, pues precisamente no se puede faltar a las herramientas para asumir la pregunta. El buen profesor de religión ha entrado en la

⁴ Cf. Bitter, 1996, p. 138ss.

teología y desde allí ha podido también comprender cómo Dios busca. Este sujeto es el activo, y nosotros con Él, pues nuestros hermanos buscan.

Dejo solamente la inquietud de estos días de seminario, que me aparecen como desafío: ¿cómo conocer la actual pregunta religiosa de los niños y jóvenes, y cómo responderlas desde la hermosa tradición de nuestra confesionalidad? Me parece que la universalidad de la Salvación lograda en Cristo ya es un indicio de que los aires secularizados son solo una prueba y no un ocaso para la pedagogía en religión. Muchas gracias por las preguntas que se hacen y por compartir su experiencia con nosotros. Que el Señor los bendiga.